



ROMA Y LA ALTA EDAD MEDIA, ¿DECADENCIA DE LA CIENCIA ANTIGUA?

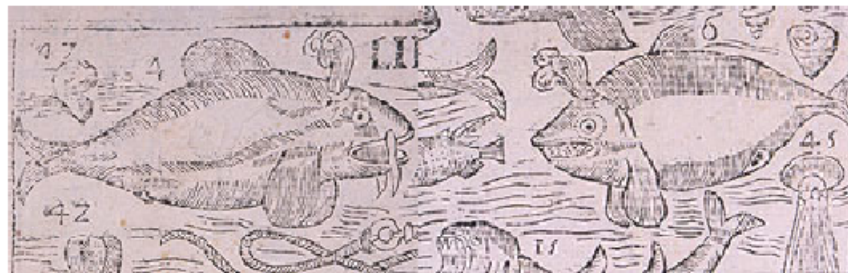
Los periodos históricos a través de los cuales se nos enseña la historia deben examinarse con cuidado. La expresión Edad Media aparece en los siglos XIV y XV entre los humanistas italianos que se refieren a un periodo intermedio entre la antigüedad, que estudiaban con fervor, y su propia época. Desde el principio del renacimiento Italiano la Edad Media tiene, pues, una connotación peyorativa y que muchas veces se reemplazaría por él término “oscurantismo”, haciendo referencia a un periodo estéril en el ámbito intelectual. Sin embargo, como veremos a continuación, este tipo de valoraciones deben verse con otra perspectiva.

Como punto de partida, podemos preguntarnos por qué en el Imperio Romano se disminuye o por lo menos se transforman los intereses investigativos que tanto celebramos en los griegos. No es que el Imperio Romano hubiera aniquilado las tradiciones académicas griegas. Por el contrario, como lo describe el escritor romano Horacio, mientras que los romanos conquistan militar y políticamente el mundo griego, la conquista artística e intelectual se daría en la dirección opuesta. Sin embargo, la actividad intelectual griega entre romanos se limitará a los intereses de la élite, la cual no se preocupó por las sutilezas de la metafísica y la

epistemología griegas, o por los detallados desarrollos matemáticos, astronómicos o anatómicos, sino por los saberes que parecían tener un valor práctico.

Existen, sin embargo, importantes proyectos enciclopédicos que recopilan información en grandes tratados. Un caso que no podemos dejar de mencionar cuando nos referimos a la ciencia romana es Plinio, quien al servicio de los emperadores Vespasiano y Tito produjo un tratado con el título *Historia Natural*. Se explica en el prefacio que Plinio y sus asistentes consultaron miles de volúmenes de más de cien autores y que recopilaron cerca de dos mil datos. Aunque el trabajo contiene algunas explicaciones de fenómenos naturales, su verdadero fin era puramente enciclopédico. Su intención era, nada más y nada menos, que abarcar toda la naturaleza en un solo tratado.

Sin embargo, Plinio –al igual que muchos otros recopiladores– pocas veces se preocupó por confirmar los datos de las fuentes, que por lo general eran incompletas y superficiales. Es así como es común encontrar referencias a fenómenos extraños y a toda clase de monstruos, como los “Arimaspi” que tenían un ojo en medio de la frente, los “Ilirianos” que podían matar con la mirada o los “Monocoli” que tenían una sola pierna y sin embargo podían correr a grandes velocidades. Así mismo Unicornios y otros animales mitológicos también aparecen en el tratado.



Cayo Plinio Segundo, *Historia Natural*. Luis Sánchez, impresor del Rey, Madrid, 1624.¹

¹ Plinius, en: Internet. www.ucm.es/info/folchija/plinius.jpg y www.lafragua.net/libros/plinio6.jpeg

¿Qué pasó con todo el interés por las matemáticas, la astronomía, la física, la medicina y las demás áreas del saber que desarrollaron los griegos y que los romanos dejaron de lado? Por lo general, se piensa en la hegemonía del cristianismo como si fuera el mayor obstáculo para el progreso de la ciencia. Conceptos como la inmortalidad del alma (y por lo tanto una devaluación del cuerpo y del mundo material en general), la creencia en milagros como explicación de fenómenos naturales, y la autoridad indiscutible de las Sagradas Escrituras en donde la verdad resulta de la observación o la razón sino de la revelación divina son las principales consideraciones que se hacen al tratar de ver al cristianismo como un freno al desarrollo de la ciencia. Sin embargo, debemos ver el problema con un poco más de cuidado.

El cristianismo, que creció a partir de una pequeña comunidad judía en algún rincón del Imperio Romano, era ya una fuerza religiosa importante para el siglo III y se convierte en la religión oficial del estado para finales del siglo IV. Se logra imponer después de una serie de batallas religiosas entre diferentes sectas, y en el año 392 el emperador Teodosio lo declara como la religión oficial del imperio. A partir de la Ilustración, la idea más extendida (aun entre nosotros) es que el cristianismo, y las religiones en general, presentan serios obstáculos al avance de la ciencia. Sin embargo, esto no parece tan simple y, en lugar de suponer que después del auge de la filosofía griega el mundo intelectual parece haber caído en un periodo de esterilidad y oscurantismo de más de

mil años, tal vez podemos entender la actividad intelectual de la Edad Media como enfocada hacia intereses distintos y con otro tipo de preguntas. Ésta no es una tarea fácil, en especial porque después de la Ilustración nuestras nociones de conocimiento y progreso se definen y legitiman en oposición a los intereses medievales.

Veamos algunos elementos del cambio que se presenta con la llegada del cristianismo. Todas las sectas que se extendían por el Imperio Romano –entre las cuales podemos destacar a Isis, Mithra, Sol Invictus, Gnósticos y Cristianos– tenían ciertos elementos comunes. En primer lugar, compartían una fuerte influencia del platonismo y la creencia de que el mundo material es corrupto y eventualmente dejará de existir es común en dichas tradiciones. Por otra parte, el hombre se considera pecador por naturaleza y por lo tanto sólo podría alcanzar la inmortalidad dejando de lado el mundo material y cultivando lo espiritual. Por último, la búsqueda de dios a través de las prácticas mágicas y la búsqueda de fuerzas ocultas era compartida por todas estas sectas y, por lo general, sería bastante común en los primeros siglos del imperio.

Aunque estos aspectos nos permiten empezar a entender la actitud que tendría el cristianismo hacia el conocimiento, es preciso decir algo más sobre este último punto, es decir, sobre las prácticas y la tradición mágica, aspecto que por lo general se tiende a dejar de lado. Algunos tratados sobre magia atribuidos al

dios egipcio Toth y conocido por los griegos como Hermes Trismegistus (el mensajero tres veces grande) empezaría a constituir la potente tradición hermética que, a su vez, presentaba una reacción contra la racionalidad griega al defender la magia, la intuición y el misticismo. Tal tradición tiene sus orígenes en la más remota antigüedad y se ha asociado con pensadores como Platón, Pitágoras e inclusive Moisés. Posteriormente, a lo largo de la Edad Media, se mantendría vigente y algunos de los padres de la iglesia leerían y en ocasiones encontrarían valiosos los trabajos del supuesto Hermes.

En todo caso, a pesar de los factores expuestos anteriormente, existe una distorsión al suponer que el cristianismo trae consigo una actitud anti-intelectual según la cual se privilegia a la fe sobre la razón y se celebra la ignorancia. Sin ir muy lejos, debemos pensar que en la defensa del cristianismo como una doctrina estructurada se debieron buscar argumentos filosóficos bastante elaborados que pudieran competir con otras tradiciones cultas. La misma filosofía griega, que en ocasiones sirvió de herramienta de apología de la fe cristiana, presentaba errores y, al ser fuente frecuente de herejía, llevó a que entre los miembros de la Iglesia se creara una tradición intelectual propia de enorme influencia en la historia de la filosofía y de la ciencia.

Muchos de los más importantes desarrollos en la historia de la ciencia han sido producidos por personas trabajando al servicio de ideologías, programas sociales o fines prácticos y políticos.

Difícilmente se puede hablar de autonomía en la producción de conocimiento por lo que es importante entender para quiénes o con qué fines se produce conocimiento. La ideología, la sociedad y los fines políticos cambian y, por lo tanto, cambia también la forma de ver el conocimiento. Para el año 500 la Iglesia ya había reclutado las mentes más talentosas y eruditas a sus servicios. La hostilidad a todo lo pagano y, por lo tanto, a gran parte de la filosofía griega era una nueva realidad en la cual el honor, la gloria y la reputación ya no dependen de los logros o fortunas individuales sino en la forma como se contribuye con los intereses de la Iglesia.

Los monasterios

Es importante entonces dar una mirada a las estructuras sociales e instituciones en las cuales se desarrolla el conocimiento. Los monasterios cristianos que se extienden rápidamente en Occidente a partir del siglo IV fomentaban una vida de aislamiento y concentración que facilitaba la lectura, transmisión y traducción de textos, y acogieron un “ejército” de religiosos letrados. En el siglo VI, San Benito estableció un monasterio en Monte Cassino, al sur de Roma, y desarrolló unas reglas y normas que definían la vida que debían tener los monjes. Estas normas, que serían adoptadas de manera general por la mayoría de los monasterios a lo largo de la Edad Media, contemplaban rutinas diarias de contemplación, trabajos manuales, oración, entre otros. La oración, al incluir la lectura de la Biblia y otros textos religiosos, hizo necesario que los monjes supieran leer. En los monasterios también se desarrollaron bibliotecas y los llamados *scriptoria* (salas en donde los libros

necesitados por la comunidad monástica eran reproducidos por copistas). Por último, la educación, que por lo general sólo se impartía dentro de un monasterio, se enfocaba para servir a los intereses religiosos. Sin embargo, aunque el interés por la literatura pagana, la historia natural o la filosofía era limitado, éste no estaba totalmente ausente.

La contribución de la cultura religiosa de la temprana Edad Media fue, cuando menos, valiosa en términos de la preservación y transmisión de la filosofía antigua: de no haber sido por la existencia de estos monasterios, gran parte del saber científico antiguo se hubiera perdido. Pero no podemos limitar el papel del religioso a ser un simple vehículo de transmisión del conocimiento. Como veremos, el cristianismo estimulará un desarrollo filosófico sofisticado.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.daneprairie.com>.
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.